

mos que servirnos de nuestras piernas; y aun puestos en el más elevado trono de este mundo, menester es que nos sentemos sobre nuestro trasero. Las vidas más hermosas son, á mi ver, aquellas que mejor se acomodan al modo común y humano, ordenadamente, sin milagro ni extravagancia. Ahora bien, la vejez ha menester aún de alguna mayor dulzura. Encomendémosla, pues, á ese dios de salud y de prudencia, para que á más de prudente y sana, nos la otorgue regocijada y sociable :

Frui paratis et valido mihi,
Latœ, dones, et, precor, integra
Cum monte; nec turpem senectam
Degere, nec cithara carentem¹.

7. Concédeme, hijo de Latona, este es mi ruego, el gozar de mis trabajos en buena salud y con sano juicio, sin afligirme con una vejez ajena al dulce canto de las musas. HORACIO, *Od.*, 1, 31, 17.

FIN DE LOS ENSAYOS

LA CORRESPONDENCIA DE MONTAIGNE

Las cartas de Montaigne deben formar el complemento natural de los Ensayos, y acompañan á éstos en casi todas las ediciones modernas. Bien que poco numerosas, bastan á dar una idea precisa de su manera epistolar, que en nada difiere del estilo de su libro, á excepción de las comunicaciones oficiales, que escribió siendo alcalde de Burdeos, por su naturaleza más rápidas y exentas de consideraciones filosóficas. Todas las del principio, menos la primera, son dedicatorias de los trabajos literarios de La Boétie (originales ó traducidos) á los personajes más relevantes del siglo, con el hermoso designio de mantener viva la memoria del amigo amantísimo. La segunda, dirigida á su padre, sin duda la más notable de todas, debe ser como un monumento considerada. En ella se hermana la tristeza más sublime y desoladora con la sencillez más ingenua; es imposible leerla sin que las lágrimas broten de los ojos, y sin que el corazón se oprima en el pecho cuantas veces se lee de nuevo. Todos los que de la correspondencia de Montaigne hablan, consideránla como un fragmento dignísimo de las antiguas literaturas. Las demás, aun cuando fueran como dedicatorias compuestas, no por ello dejan de ser epístolas familiares por la naturalidad con que en ellas se expresan los sentimientos más elevados de la humana naturaleza, sin oropeles ni afectación de ningún linaje. Las dirigidas á Enrique IV acreditan «la menuda y larga experiencia de Estado y Corte» de que hablaba el licenciado Cisneros¹ y también la posibilidad de la comu-

1. Véase la introducción del tomo I, página XLVII.

nicarse con los monarcas sin echar á un lado la dignidad y el decoro humanos.

Estas dos últimas son las más importantes entre las descubiertas hace pocos años. En ellas y en cada una de las otras se consigna, en la presente edición, la fecha de su hallazgo y otros pormenores biográficos é históricos necesarios para la mejor inteligencia del conjunto. Casi todas estas noticias pertenecen al muy erudito escritor francés Luis Moland, autor de una Vida de Molière, á quien ya Sainte-Beuve tributó merecidos parabienes. Alguna de las cartas dirigidas á los señores jurados de la ciudad de Burdeos lleva en el principio una cruz, que aquí se ha conservado; y con el fin de no aumentar las páginas de este tomo II, ya considerables, se han omitido las comunicaciones de Montaigne al mariscal de Matignon, gobernador de la Guiena, más interesantes bajo el aspecto histórico que literariamente consideradas.

C. R. Y. S.

CARTAS

DE MONTAIGNE

I.

Á MESIR ANTONIO DEL PRAT ¹

En mi última carta, señor, os hablé de las revueltas que asolaron Agenois y el Perigord, donde nuestro común amigo Memy ², hecho prisionero, fué conducido á Burdeos y decapitado. Quiero deciros hoy que los de Nerac, después de haber perdido de ciento á ciento veinte hombres en una escaramuza contra algunas tropas de Monluc, por el desacierto de un capitán joven de su ciudad, se recogieron con sus ministros ³ en el Bearne, no sin riesgo grande de sus vidas, hacia el 15 de julio; en este día se rindieron los de Castel Jalous, siendo ejecutado el ministro de este lugar. También huyeron los de Marmande, San Macario y Bazas, mas no sin experimentar una pérdida cruel, pues al punto fué saqueado el castillo de Duras y asaltado el de Monsegur, lugar en que había dos enseñas y gran número de gentes de la religión protestante. Todo género de crueldades y violencias fueron allí ejercidos el primer día de agosto, sin consideración de categoría, sexo ni edad. Monluc violó á la hija del ministro ⁴, el cual fué muerto con los demás. Con profundo dolor os diré que en esta matanza pereció vuestra parienta, la esposa de Gaspar Duprat ⁵ y dos de sus hijos: era ésta una nobilísima mujer á quien tuve ocasión de ver con frecuencia cuando visitaba su país, y en cuya casa estaba siempre seguro de recibir hospitalidad cumplida. Por hoy acabo aquí, pues esta relación me causa dolorosa pena; y con esto ruego á Dios que os mantenga en su santa guarda.

Vuestro servidor y buen amigo ⁶.

A 24 de agosto (1562).

1. Antonio del Prat, señor de Nantouillet y de Précy, barón de Thiers y de Thoucy, nieto del célebre canciller que estuvo casado antes de entrar en las órdenes. Fué nombrado preboste de Paris el 19 de febrero de 1553, y sucedió á su padre en esta función.

2. El capitán Memy, á quien Enrique IV llama Mesny en una de sus cartas.

3. Pastores protestantes.

4. Monluc contaba en esta época de cincuenta y ocho á sesenta años.

5. Margarita de Lupé. Su marido, Gaspar del Prat, era pariente del canciller del mismo nombre. Tuvo por padrino á Coligny, y pereció en las matanzas de San Bartolomé.

6. El original de esta carta pertenece al marqués del Prat. Monsieur Feuillet de Conches publicóla por vez primera en 1863.